

## Juventud y Crisis de Valores Morales Marcio FABRI DOS ANJOS<sup>1</sup>[1]

La pregunta sobre la juventud y los valores morales es hoy un tema de gran actualidad, tal vez porque en las nuevas generaciones se muestran los primeros frutos de todo lo que nuestra civilización planta y cultiva. Superando así, por esta primera hipótesis, una lectura moralizante de la juventud, el tema nos remite a los factores múltiples que contribuyen a la formación de los valores morales y al desarrollo del comportamiento humano. De esta forma, analizar la crisis de los valores morales de la juventud será, en gran parte, analizar la crisis de los valores morales de nuestra sociedad en general.

En el presente análisis<sup>2</sup>[2], el tema merece inicialmente un esclarecimiento conceptual que no constituye una mera introducción de presupuestos, pero ellos ya son señales sustanciales para una aproximación al tema. Hay dos aspectos fundamentales en este sentido: lo que sería adecuado entender cuando nos referimos a “valores morales”; y de que “juventud” estamos hablando, cuando nos preocupamos por su “crisis de valores morales”. La fuerte interrelación entre estos dos aspectos es una buena entrada para abordar el tema.

### 1.- De la moral vigente a la crisis de valores

En las introducciones a los tratados de moral, frecuentemente se hace una distinción pertinente entre “moral” y “ética”. El término *ética*, de origen griego, comprende el estudio crítico y propositivo del actuar humano en sus costumbres, actitudes y prácticas. Este concepto pasó al latín como *moralia*, usado por primera vez por Cicerón. Pero el término “moral”, sea como sustantivo, sea como adjetivo, llegó a nosotros con cierta ambigüedad. Pues se puede referir tanto al “conjunto de costumbres” dadas y establecidas en un grupo o sociedad como a los comportamientos concretos de las personas; como se puede decir respecto al aparato que estudia y propone críticamente el actuar humano en sus actitudes y prácticas. Sin perdernos en otras distinciones que pueden omitirse aquí, algunos pensadores llaman a la primera “moral vivida” y a la segunda “moral elaborada”<sup>3</sup>[3].

Pero con esta distinción se perfila otra ambigüedad enfatizada especialmente a partir de la teología de la liberación. Esta nos alerta por el hecho de que una moral puede ser elaborada a partir de sus propios presupuestos, costumbres y tradiciones, y por consiguiente, ser auto-justificadora y legitimadora de los valores establecidos en el propio grupo o sociedad. Una moral *intrasistémica*, como algunos la denominan<sup>4</sup>[4]. Ante esto, existe hoy una preferencia a reservar el término “moral” para referirse a costumbres, comportamientos, actitudes y valores establecidos. Y el término *ética*, está reservado para el estudio crítico-propositivo del actuar humano en sus costumbres, actitudes y prácticas, usando en este estudio una metodología y los criterios adecuados para superar la mera auto-justificación de lo que ya está establecido. Esto aparece claro cuando algunos autores actuales prefieren hablar de *ética teológica* en lugar de *teología moral*<sup>5</sup>[5].

¿Pero todo esto qué tiene que ver con nuestro tema? Tiene mucho que ver porque, cuando nos preocupamos por la crisis<sup>6</sup>[6] de los valores morales de la juventud, generalmente estamos impactados por un cambio de conductas que chocan de algún modo con nuestras referencias establecidas. Este cambio altera las formas del vivir que es lo que genéricamente llamamos “valores” como son la libertad, responsabilidad, fidelidad, amistad, sexualidad, autonomía; y por otra parte, altera también la jerarquía o el orden de importancia de estos valores. El cambio se llama “crisis de valores” y la crisis es frecuentemente entendida en un sentido ético negativo.

La distinción entre *moral* y *ética* nos ayuda a percibir que aquí se procesa una crisis de costumbres y comportamientos; esta crisis exige una evaluación crítico-propositiva. La moral vigente está en crisis. No se puede, sin embargo, pasar sumariamente de la crisis a una evaluación negativa. Una crisis también puede ser benéfica, y una juventud anterior a la “crisis de valores” no quiere necesariamente decir que es una juventud éticamente mejor. La inseguridad ante lo nuevo ayuda a ver los nuevos escenarios de una manera pesimista, mientras la seguridad de los valores establecidos lleva a añorar el pasado. Realmente una comparación del comportamiento ético del pasado y del presente será siempre difícil. Y además es, de poca utilidad, si se reduce a una mera comparación. La *ética*, al asumir las preguntas sobre el *deber ser*, se coloca ante todo

[1] Profesor, doctor en Teología, director del Instituto Alfonsiano de Teología Moral en São Paulo, asesor de la CRB (Conferencia Nacional de Religiosos del Brasil); sacerdote redentorista.

[2] El presente estudio está publicado en REB 59(1999) f. 235. p. 530-550

[3] M. Vidal, *Moral de Actitudes I Moral Fundamental*, Madrid 1990, 6a, pg. 18ss. (Ed. Santuario, Aparecida 1996. 34-36); J.L.L. Aranguren, *Ética*, Madrid 1972, 2ª, pg. 90ss.

[4] Ver E. Dussel, *Ética Comunitaria*. Ed. Vozes. Petrópolis 1986. 43-44; 63-64; E. Dussel, *Pode-se legitimar uma ética diante da 'pluralidade' histórica das morais?* En «Concilium» 170(1981/1)75-85. Denomina este proceso como moral intra-sistémica.

[5] Cfr. M. Vidal, oc. pg. 167.

[6] Se puede decir que también la *ética* está en crisis y sus métodos y criterios de analizar (*ética fundamental*) y de reinterpretar la moral (*ética aplicada*). Pero aunque relacionadas, la crisis de la *moral* y de la *ética* son dos cosas distintas

delante de la tarea de proyectar críticamente la vida dentro de los nuevos factores y las situaciones dadas. Por esta razón tiende más a dar lecciones del pasado, que establecer comparaciones entre el pasado y el presente. Ante los cambios de los valores morales de la juventud, se puede tener una preocupación simplemente verificativa y fenomenológica. Un camino fácil para eso es analizar las conductas. Pero, en la profundización de la ética teológica como tal, a partir de los avances del Concilio Vaticano II, llaman la atención en la importancia de las *actitudes* que motivan los actos y las conductas humanas en la complejidad de la vida. En ellos se expresa con más propiedad el cualitativo ético de la acción humana. Cuando hablamos de “valor moral”, podemos incurrir en la misma ambigüedad que se origina con la confusión entre moral y ética. De hecho, pagando tributo fuerte a la ontologización de la moral, existe una costumbre de pensar en “los valores morales en sí mismos” y así fácilmente se imponen los valores conforme a un orden establecido. La valoración ética de los valores tal vez deba pasar antes por la consideración y evaluación del horizonte de sentido y de significados que conducen nuestro actuar. Porque es allí donde se tejen los criterios para la construcción de los valores morales. Los Evangelios puede ser un ejemplo de esto: mientras Jesús propone un sentido de vida, altera consecuentemente el cuadro de valores establecido por la concepción farisaica legalista. Así, la crisis de los valores morales de la juventud, para que sea adecuadamente pensada, exige una consideración de un conjunto más amplio de cambios en los significados de la vida, cambios que afectan a toda la sociedad contemporánea. Podemos decir que, a propósito del “mundo de los jóvenes” no se puede ver aislado de este conjunto. Los jóvenes “no se les puede entender si no es en el seno de la sociedad en que viven. La juventud actual condensa y refleja los problemas y conflictos de una sociedad compleja”<sup>7</sup>[7].

## 2.- La crisis de valores en los cambios de producción de la vida

Nuestra sociedad, como sabemos, pasa en líneas generales por el cedazo de grandes cambios. Pero éstos se vuelven más importantes, mientras más afectan el sentido y el significado de nuestra vida y de nuestras relaciones. De hecho, como humanos, nuestra vida se sostiene y se proyecta a través de los bienes de consumo, las relaciones y los significados. En gran parte, producimos los constitutivos de esta forma de sostenimiento de vida, como una gran construcción dinámica que desafía a las generaciones. Para entender el alcance del cambio de valores morales, parece muy útil considerar estas tres dimensiones estrechamente interrelacionadas en los que la vida humana se produce hoy.

La primera podría llamarse, aunque inadecuadamente, cambios *de nuevas formas de producción de bienes de consumo y de servicios*. Están comprendidos aquí los grandes avances tecnológicos que traen nuevos instrumentos de producción; instrumentos que permiten análisis avanzados de los seres y de los objetos, y al mismo tiempo que propician la creación de nuevos materiales y la reelaboración de sus dinamismos; se abren para una especie de conquista del macro-cosmos así como del micro-cosmos personal y el propio ser humano se descubre objetivo de una reprogramación. Estamos sobreentendiendo aquí las diferentes *revoluciones industriales y postindustriales*, particularmente la era de la informática en la que vivimos. El conocimiento tecnológico se vuelve una forma privilegiada de poder económico y político.

Una segunda estaría en la producción de *relaciones humanas*. Directamente relacionada con los cambios instrumentales, estarían aquí comprendidos los cambios profundos que resultan de las relaciones entre los seres humanos, sean grupos, clases, sociedades, individuos; y de los seres humanos con su ambiente. La globalización, en sus diferentes sentidos, sin duda también estaría aquí presente. Pero de modo altamente contrastante con el crecimiento de los recursos en la producción de bienes de consumo, experimentamos profundas desigualdades que desintegran, sin la posibilidad de ocultamiento, el panorama de nuestra civilización en el momento actual. La acumulación de bienes y las formas de poder producirlos agudiza las formas de pobreza y se vuelven en desigualdades profundas e incluso en exclusión de personas y pueblos de la red de relaciones.

Una tercera puede identificarse con la producción de *sentido y de significado* con que vemos las cosas, los seres vivos, a nuestros semejantes y a nosotros mismos; con tales significados entendemos y proyectamos la vida en sus varias dimensiones. Existe una interrelación estrecha que entrelaza las formas como producimos y consumimos los bienes, con el horizonte de significado que alimenta la vida. Son suficientemente conocidas las alusiones al consumismo que, cuando se observa, no sólo afecta el juego económico, sino también nuestra propia manera de ser. La acentuación del individualismo, la autonomía de los sujetos, las exigencias de subjetividad; la consecuente percepción de pluralismo; el nuevo ritmo de vida insertó en nuevas espacialidades y temporalidades; el reconocimiento de la complejidad de la realidad; éstos son algunos ejemplos de

---

<sup>7</sup>[7] Jiménez Ortiz, Antonio, *¿Cómo anunciar la experiencia cristiana a la juventud actual?* En *Proyección* 44 (1997) 49-66; *Selecciones de Teología* 37 (1998), n. 145 pg. 49 (citamos por *Selecciones de Teología*).

incidencias actuales en esta área. Se habla sobre todo de una *crisis de sentido*, o de *cambio de paradigmas*<sup>8</sup>[8].

Esta propuesta de esquema tal vez da cierto orden al complejo conjunto de cambios que exigen naturalmente mutuas especificaciones. Facilita la comprensión de cómo los jóvenes se sitúan en una sociedad post-industrial (y/o postmoderna, como otros prefieren decir) y de los grandes cambios que se dan en el conjunto de sus vidas. No solamente entre los jóvenes, sino en la sociedad en su conjunto se verifica “la relativización de los sistemas de significados, elaborados colectivamente y transmitidos en los procesos de socialización. Esta relativización implica la crisis generalizada de las instituciones que han sostenido durante décadas la socialización de los individuos. Se cuestionan los contenidos que hay que transmitir, los métodos utilizados, las metas propuestas tradicionalmente.”<sup>9</sup>[9]

Con esto, quizás sea más apropiado poner en otros términos la pregunta. En vez de preguntar por la crisis de los valores de la juventud, sería más correcto intentar saber cómo incide y es vivida por la juventud la crisis por la que pasa la sociedad. La presentación en estos términos parece facilitar una percepción más solidaria y menos judicial y arrogante ante nuestros jóvenes. Nos lleva también a superar una visión funcionalista de los jóvenes. A veces se usa una expresión como “desafíos de la juventud”, subentendiéndose quizás que los desafíos son de los jóvenes para los evangelizadores/as, en términos de comprensión, comunicación y de evangelización de las nuevas generaciones en su mentalidad, conductas y problemas. En esta misma dirección, se ubicarían los desafíos de la juventud para la formación en la VR y espacios semejantes. Esto suena como una amenaza para las instituciones, que deben encontrar una manera de por lo menos sobrevivir frente a lo nuevo, manteniendo sus funciones. Pero además esto exige el asumir a los jóvenes como sujetos, no procesos, y por consiguiente, para entender que el desafío es primero de las propias personas (jóvenes) que se confrontan en sus situaciones y contextos, porque ellos viven y desarrollan su personalidad ética. Y en esto pueden ser ayudados. Es fundamental acoger a los jóvenes como sujetos y como iguales en la producción de la vida y de sus significados.

### 3.- Situar a la juventud para comprender sus crisis

Para entender la crisis de los valores morales de la juventud, es indispensable saber de qué juventud estamos hablando. Los cambios que ocurren en la sociedad tienen una incidencia aún más profunda, puesto que afectan a la propia constitución de “la juventud”. ¿Qué *juventud* es esta que vive la crisis de valores morales de la sociedad? De hecho, la juventud es socialmente un concepto construido por la interacción de muchos factores<sup>10</sup>[10]. El énfasis dado a la juventud, como un grupo social, es algo más reciente que se remonta a nuestro tiempo, como resultado de esta construcción social. La juventud se sitúa hoy en gran parte como un mito. “La valoración y mitificación de los modelos de conducta tenidos como típicos del grupo juvenil son una de las características del mundo occidental moderno”<sup>11</sup>[11]. Cuando es resultado de interacciones, la constitución de grupos de personas jóvenes toman características diferentes entre sí y pasan por “crisis” también diferentes. Lo que pasa frecuentemente es que tomamos un tipo de hegemónico grupo para definir lo que es “la” juventud. La construcción social del concepto de juventud se revela claramente cuando se busca definirlo. Una aproximación sería ubicarla en determinada *edad fija* (por ejemplo entre 17 y 25 años). Pero este acercamiento cronológico, casi matemático, no consigue abarcar las variables sociales a las que se someten las personas dentro de esta edad. Las experiencias que desarrollan estas personas en el trabajo, en el estudio, en la búsqueda de relaciones sociales, escapan al simple criterio de edad. Por otro lado, el esfuerzo de comprender la juventud en referencia a la *inmadurez-madurez*, como fase de la vida, también tienen sus problemas. La madurez es un producto de relaciones dialécticas. “Es en la interacción con el ambiente, con el otro, que las personas maduran psicológica, emocional, intelectual, social, política y espiritualmente. No sólo en la niñez, período supuestamente inmaduro, en oposición a la adultez, edad supuestamente caracterizada por la madurez. Es durante toda la vida que se madura”<sup>12</sup>[12]. La madurez se va dando en las personas de una manera variada, a través de sus procesos de elaboración personal de las interacciones.

Es importante recordar también que la juventud se define frecuentemente por un *rol social*, caracterizado por modos de conducta, tipo de ropa, maquillaje, lenguaje, etc. Esta etiqueta trae dos tipos principales de complicación: cierta frustración para quien se percibe incapaz o impedido de cumplir con las exigencias de ese modelo; y por otro lado, el intento de personas que avanzan en la edad biológica buscando ansiosamente mantener los comportamientos de este imaginario.

---

<sup>8</sup>[8] Cfr. M. Fabri dos Anjos (org.), **Teologia e novos paradigmas**. Ed. Loyola. S. Paulo 1996; idem. **Teologia aberta ao futuro**. Ed. Loyola, S. Paulo 1997.

<sup>9</sup>[9] Jiménez Ortiz. Antonio. Ibidem 49.

<sup>10</sup>[10] Benedetti, Luiz R., *Juventude: 20 anos entre a ilusão e a realidade*. En **Vida Pastoral** 26 (1985) 124, p. 2. Cfr. Brito, Sulamita (org.) **Sociologia da juventude**. I e II, Ed. Zahar, Rio de Janeiro, 1968.

<sup>11</sup>[11] Valle Edenio, **Psico-sociologia e Educação da Juventude**. Enstituto da Família. São Paulo, 1986, p. 41-42.

<sup>12</sup>[12] Valle, Edenio, oc. p. 47.

¿Entonces no existen ni los jóvenes ni la juventud? No es esto lo que estamos diciendo. Enfatizamos que el proceso de desarrollo humano tiene sus etapas más o menos configuradas en términos biológicos, psicológicos, sociológicos y semejantes; que los individuos y grupos están sujetos a la integración en este proceso y que, por consiguiente, “ser joven” no pasa automáticamente por una variable como la edad; y mucho menos pasa por un grupo de comportamientos estandarizados, supuestamente característicos de “ser joven”. Tenemos, de hecho, mucha base de realidad para hablar del joven y de la juventud. Pero al identificar *joven* y *juventud*, hacemos una representación a través de una selección de criterios que nosotros mismos hacemos, donde encontramos de alguna manera construida la sociedad y presentada como un imaginario de la “juventud de hoy”. Una conclusión de estas observaciones es no negar que hay jóvenes y juventud, pero sí para afirmar que este tipo de juventud de la que hablamos no agota las posibilidades existentes de “ser joven hoy”. Es más evidente la necesidad de percibir los *filtros* que se aplican para decir qué es ser *joven* y *juventud*. Al mismo tiempo, se pone la atención en los diferentes factores y sujetos que entran en la red de interacciones de los que resultan determinado tipo de joven y de juventud.

#### 4.- Algunos lugares latinoamericanos de la crisis de valores morales de la Juventud

Por lo que hemos visto hasta ahora, podemos resaltar en la crisis de valores de la juventud dos grandes polos de referencia: los mismos sujetos, en el proceso de su desarrollo humano; y el gran grupo de la sociedad que los alberga con sus situaciones y contextos. Estamos así llamados a entender los cambios de valores en la juventud a partir de dos ángulos que son: la herencia personal de los sujetos, y el que los ofrece o impone: la sociedad y sus situaciones. Lo que resulta de semejante interacción no es una fórmula matemática, sino una elaboración, de una manera personalizada, variada y creativa que felizmente garantice la biodiversidad de las tipologías humanas. No existe por tanto una *juventud latinoamericana* igual y homogénea<sup>13</sup>[13], lo mismo se pueden encontrar factores hegemónicos provocadores de condiciones sociales y por consiguiente de tendencias dominantes en la configuración de la juventud en el Continente. Privilegiando inquietud sobre los cambios de valores morales en la juventud. Veamos algunos hechos que componen tanto la herencia personal de los jóvenes, como las ofertas y condiciones de la sociedad.

**a) Raíces y confrontaciones culturales:** El Continente latinoamericano es un tejido de culturas diferentes con una tradición rica de valores morales. Antes de enfatizar la presión a las que las culturas no hegemónicas están sometidas, parece importante tomar en cuenta a los segmentos de jóvenes dentro de sus grupos culturales y ver qué bagaje llevan para ubicar sus posibles relaciones con otros contextos y situaciones. Cuando hablamos de raíces culturales, estamos poniendo la atención en primer lugar en los grupos de jóvenes presentes en las culturas indígenas de larga tradición en América Latina y que reciben por esta vía importantes referencias éticas y códigos morales<sup>14</sup>[14]. Pero también estamos mencionando a las culturas preindustriales presentes en las pequeñas ciudades y en los ambientes rurales. Esto se vuelve más relevante al confirmar que el origen vocacional de la Vida Religiosa en América Latina tiene una matriz predominantemente pre-industrial, de una manera general rural, como afirma una encuesta hecha en Brasil<sup>15</sup>[15]. La percepción de la juventud por el camino de las culturas ayuda a relativizar el mito por el cual se nombra a la “juventud” pensando siempre en jóvenes blancos, urbanos, de clase media y liberal. Esta consideración de las raíces culturales es de gran importancia para evaluar el alcance de las características del cambio o de la crisis de valores morales de estos segmentos de jóvenes concretos si se ponen bajo el impacto o el influjo de otras culturas dominantes, particularmente de la cultura moderna.

**b) Trabajo, elaboración de sentidos y utopías:** Desplegando las varias caras de la cultura (post)moderna, estamos entrando, como vimos antes, en las relaciones de la producción y elaboración de vida como un gran eje para pensar la crisis de los valores de la juventud. Una cadena larga de implicaciones antropológicas pasa por los cambios en los modos de producción. Las propias familias con sus modelos diferentes, aunque entendidos como lugar privilegiado de la transmisión de valores morales, son afectadas por los cambios en los modos de producción y se ven afectadas cuando cambia el código de valores que los rigen y que transmiten a sus (ahora pocos) hijos<sup>16</sup>[16]. La familia continúa siendo un lugar de elaboración de sentido, privilegiado por la fuerza que dan las relaciones afectivas. Pero es por el condicionamiento a la que se ve sometida, sea por que

---

13[13] Valle, Edenio, oc. p. 178.

14[14] Se percibe mejor la riqueza de tales raíces, cuando se hacen análisis más específicos. Ver por ejemplo el estudio de Pedro Larico, *Entroducción a la ética en las culturas Aymaras del Altiplano*. Dissertação de Mestrado, Instituto Alfonsianum de Ética Teológica, São Paulo, 1994.

15[15] Esta encuesta indica que cerca del 70% de los religiosos/as del Brasil “tuvieron su origen en ciudades con menos de 20 mil habitantes”. M. Fabri dos Anjos, *Perfil da Vida Religiosa no Brasil*, 1998. Leitura teológica. En CERIS-CRB, *Vida religiosa no Brasil, Pesquisa e Primeiros Resultados*. Aparecida, 1998, p. 62.

16[16] Ribeiro, Ivete (org.). *Familia e valores: sociedade brasileira contemporânea*. Ed. Loyola, São Paulo, 1987.

ella deja de ser una unidad de producción, que es preciso buscar fuera de ella los factores determinantes de valores morales. Lo que pasa con las oportunidades y condiciones de trabajo parece ser tino de estos factores. ¿Qué se le ofrece a la juventud en este área? “En casi todos los países de América Latina (...) la juventud constituye la mitad de los desempleados”. En la ciudad de São Paulo, por ejemplo, el desempleo de los jóvenes entre 15 y 19 años es de casi 40%; y de los jóvenes entre 20 y 24 años oscila alrededor del 20% 17[17]. Sería preciso analizar qué perspectivas ofrecen los empleos existentes para la construcción de una vida digna. ¿Qué hacer de la vida, cuando las puertas de la realización personal, a través del trabajo digno, se cierran o son tan estrechas y poco estimulantes? No es difícil percibir la conexión que existe entre la frustración y la violencia, la delincuencia, el tráfico y el consumo de drogas, la formación de bandas, etc. El alejamiento de las relaciones de trabajo productivo lleva a no valorar el trabajo de las personas, el costo de la vida y de los bienes de consumo; implanta la regla de la “ganancia fácil”, pragmáticamente más redituable. Las reglas y los comportamientos morales permean estas formas de producir la vida, inclusive con códigos muy rigurosos Y en medio de las ambigüedades que los rodean, se vuelve más difícil hacer una apreciación ética de las actitudes y conductas concretas que tales jóvenes asumen, cuando se percibe que, en última instancia, viven una “ética de sobrevivencia”.

Con frecuencia surgen críticas sobre la poca creatividad de las nuevas generaciones o de que tienen un diluido espíritu de lucha. ¿Pero qué lugar ocupan las nuevas generaciones en esta nueva sociedad envuelta en la fascinación tecnológica?; ¿qué oportunidad tienen de participar en la producción de bienes de consumo, en la construcción de relaciones y en la elaboración de significados? En la medida en que se tienda a hacer de los jóvenes sólo consumidores y no compañeros de la producción, seguiremos recogiendo frutos de apatía, rebeldía y de “producción independiente”.

**c) Globalización e imaginación:** La comunicación es hoy otro lugar indispensable para estudiar la crisis y reelaboración de los valores morales de la juventud. Los recursos traídos por la informática permiten conectar el mundo en un ambiente que facilita el cambio y consumo de información, de transferencia de imágenes, ideas, diferencias. Los medios de comunicación no producen los valores morales propiamente, pero refuerzan aquellos que transmiten. Además, propician una atmósfera de encuentro común en el que, para la juventud, se fortalece un imaginario de su vida, de su realización personal y de sus correspondientes valores y comportamientos morales. No hay que menospreciar la libertad creativa con que las personas jóvenes concretas participan en estas redes de comunicación. Pero también es innegable el poder de influencia que tienen los modelos ofrecidos. La moda, el deporte, algunos intereses principales, la manera de ser joven”. Una tendencia es, por consiguiente, la de reforzar algunos modelos de juventud, a través de un planteamiento virtual.

En síntesis, la juventud en Latinoamérica está compuesta de una diversidad de modelos, con cuadros diferentes de valores morales. Esta diversidad es garantizada por diferentes raíces culturales que componen la herencia latinoamericana; por las desigualdades profundas de condiciones económico-políticas, que colocan a gran número de jóvenes en el umbral de la esperanza y de la lucha por la sobrevivencia. Al mismo tiempo se percibe la fuerza de un modelo que tendencialmente se refuerza, alimentado por el *ethos* de la cultura moderna.

## 5.- Tendencias de un perfil moral de juventud en la cultura moderna

Ahora podemos intentar trazar un perfil moral de la juventud, en las actitudes, conductas y aspiraciones que se muestran como tendencia en la cultura moderna. Sabemos entonces que estamos hablando de las tendencias de un modelo y no de la juventud en general. La ganancia de este esfuerzo deriva quizás de la fuerza hegemónica del modelo del que estamos hablando. Los temas que aquí señalo pretenden ser más sugerentes que analíticos, razón por la cual no nos preocupamos enviando a sus fuentes o sus fundamentaciones teóricas 18[18].

Al mencionar un aspecto, no lo aislamos de un conjunto. Y al aludir un comportamiento, nos referimos frecuentemente a un mundo complejo de significados. Podemos encontrar un ejemplo de esto cuando analizamos la fascinación de la juventud por la noche, una tendencia que hoy incluso se verifica entre los pre-adolescentes. Puede notarse que ella se vuelve para los jóvenes en un espacio de libertad y autonomía, con respecto a los adultos; un lugar de denuncia y rebeldía; expresión de moda; espacio de violencia invisible a los adultos; escape de un mundo alienado, carente de proyectos personales y sociales relevantes, y por

---

17[17] Madeira, Felícia R.; Rodrigues, Eliana M., **Recado aos jovens: reais qualificação**. En CNPD, **Jovens acontecendo na trilha das políticas públicas**. Brasília, Publ. Ministério do Planejamento orçamentário, 1998. Cit. CNBB, *.A fraternidade e os desempregados*. Manual CF-99. Ed. Salesiana D. Bosco, S. Paulo, 1999. n. 25.

18[18] Al desarrollar estos tópicos. utilizamos el interesante artículo de Jiménez Ortiz, Antonio, *¿Cómo anunciar la experiencia cristiana a la juventud actual?* En **Proyección**, 44(1997)49-66. **Selecciones de Teología**, 37 (1998) 145. 47- 62.

consiguiente, intento de escapar de una frustración el subliminal constante; máscara que esconde el miedo al futuro a través de una huida liberadora del presente<sup>19</sup>[19]. Veamos algunos fragmentos de este mosaico.

**a) *Aprecio de los valores de la subjetividad:*** En sintonía con la cultura moderna que privilegia al individuo, esta juventud se muestra más atraída por los valores e intereses de los individuos y los grupos pequeños como los que se empeñan en la transformación completa de la sociedad. Los movimientos sociales que más les atraen son los que se relacionan con sentimientos humanitarios y ambientales; y mucho menos los de cuño más político-militante. La dimensión lúdica, deportiva y cultural predomina sobre lo reivindicativo o de influencia social; las instituciones que más les inspiran confianza son las que se basan en las relaciones interpersonales: La Iglesia, prensa, sindicatos, instancias gubernamentales tienen un nivel medio de aceptación; con oportunidad de una mayor aceptación en la medida en que se muestren más democráticos y más cercanos a la vida cotidiana. Otros aspectos que muestran la valoración de la subjetividad aparecen más adelante.

**b) *Actitudes de tolerancia o de relativismo:*** Esta juventud acepta con más facilidad el pluralismo ideológico y social. Es posible hasta encontrar expresiones de intolerancia, pero esto no parece ser la tónica. Se ven las diferencias culturales y de comportamiento con más naturalidad y dan la impresión de un relativismo moral. Los periodistas informaron que en el encuentro del Papa Juan Pablo II con cerca de cuatrocientos mil jóvenes en Denver (USA), mientras el Papa condenaba las relaciones sexuales fuera del matrimonio, el uso de drogas etc., las juventudes reían y aplaudían. Una buena relación grupal y festiva se pone por encima de las divergencias de opinión o de convicciones. La juventud se inclina a aceptar a las personas en el conjunto de sus circunstancias sin llegar a discutirlos. Estaría aquí la expresión de una sociedad bajo la señal del pluralismo; bombardeado por imágenes y diversificación de mensajes. La síntesis conclusiva es de la aceptación de las personas en sus trayectorias y expresiones.

**c) *Sentimiento de inseguridad y de autoafirmación:*** Más exactamente porque bajo el impacto del pluralismo, puede notarse la inseguridad y la necesidad de autoafirmación de esta generación (post)moderna de jóvenes. La afirmación del individuo no consigue ser suficientemente fuerte para superar el anonimato en medio del pluralismo. “El déficit de identidad personal es enormemente grave en el mundo juvenil. De ahí que se busque una ‘identidad prestada’ en grupos de tiempo libre o de carácter religioso, en tribus urbanas, en grupos violentos de ideologías extremistas, en sectas, que acogen a jóvenes sin una identidad lograda, dándoles un apoyo colectivo que llene el vacío psicológico. Esta falta de identidad acaso explique la obsesión por la imagen: una fachada atractiva camufla la debilidad de la estructura<sup>20</sup>[20]. La ropa y la moda en general, instrumentos de uso “consagrado” entre los jóvenes, como el medio, símbolo, símbolo de un grupo, son recursos que buscan llenar la necesidad social de pertenecer a un grupo. También expresan esta ansiedad de autoafirmación. La inseguridad personal frecuentemente lleva aneja una baja autoestima que, en el fondo clama por un nido afectivo, un clima de acogida y de calor humano, independientemente de otras diferencias.

**d) *La amistad como valor:*** Se entiende en este conjunto de sensibilidades que vamos describiendo, que la amistad adquiere un significado especial para los jóvenes. Se vuelve un elemento afectivo del que se necesita, y al mismo tiempo un encuentro de autoafirmación y de reforzamiento de la identidad. Una red de amigos significa de algún modo estabilidad emocional e integración social para los jóvenes; de ahí la importancia de los grupos de amigos y sus momentos de expresión e iniciativas. También por esto en sus problemas, el/la joven no busca tanto una voz de un orientador de experiencia como una persona amiga. Es típico el hecho que se verifica: en el período de la formación, vemos más a los jóvenes conversando con sus iguales de sus problemas íntimos, que con las personas encargadas de la formación. En las relaciones interpersonales aparecen dos tendencias aparentemente contradictorias: buscan relaciones que no generan compromisos serios, pero al mismo tiempo, ansían la fidelidad.

**e) *Inserción en la provisionalidad:*** Sabernos como la cultura moderna trajo un nuevo concepto espacial, pero también cambió substancialmente la inserción humana en el tiempo. La velocidad del movimiento, el bombardeo rápido de mensajes y la alternancia de imágenes, el progreso de las ciencias y tecnologías, el crecimiento de la productividad y el exacerbamiento del consumo, contribuyen en su conjunto a dar velocidad a la vida y generar un sentimiento profundo de que todo es provisional. El futuro se vuelve una incógnita y de una cierta manera también una amenaza angustiante. La juventud, más que el mundo del adulto, vive esta nueva temporalidad y expresa en su vida las consecuencias. Este sentimiento de provisionalidad abarca todas sus relaciones, a veces de una manera contradictoria, como mencionamos previamente con respecto a la amistad. Así, la juventud con facilidad se abre más a certezas absolutas y de referencia más duraderas. Sus opiniones y

---

<sup>19</sup>[19] Ríos Martín, J.C., *La noche de los jóvenes ¿Moda o rebeldía?* En *Sal Terrae* 85(1997)877-886.

<sup>20</sup>[20] Jiménez Ortiz, A., oc. 52.

sentimientos pueden cambiar rápidamente. “Esto genera en los/las jóvenes un acusado pragmatismo, orientado hacia lo útil en cada instante, que le lleva incluso a la construcción de sus propios universos éticos, dotados de una gran habilidad y de escasa consistencia. Todo esto conduce a formar personalidades sin convicciones sólidas, sin certezas asimiladas vitalmente, que no se sienten capaces de opciones definitivas que comprometan para siempre”<sup>21</sup>[21]. La juventud carga un fuerte sentimiento de solidaridad, tiene simpatía por ella, pero sobre compromisos frágiles.

**f) Valoración del placer y de la fiesta:** La cultura moderna, aunque experimente una profunda ambigüedad de desigualdad, de exclusión, y albergue los dolores de una humanidad en su mayor parte empobrecida, no obstante todo esto, cultiva sueños de la felicidad y de placer; de ocio y de tiempo libre. La juventud moderna tiende a vivir al máximo esta propuesta y los recursos que se le ofrecen. Distanciada de las relaciones de trabajo, como ya mencionamos, tiende a no cultivar grandes aspiraciones económicas así como no tener una necesidad de ahorrar. Los propios padres son, muchas veces, los que favorecen esta tendencia, al querer ofrecer a sus hijos aquello que, en términos de consumismo, ellos mismos no tenían en su juventud. El tiempo de la fiesta se vive como libre de las coerciones y normas.

Junto con la fiesta, el placer merece observaciones específicas. Aunque la sociedad contemporánea no prescinda de formas de culpabilización, es bastante evidente como se distancia hoy la relación entre placer y culpa. Así, se vuelve difícil para los jóvenes percibir y reconocer los límites o por lo menos las posibles ambigüedades éticas entre el placer y la fiesta. Se vuelve antológico en este sentido el caso de los jóvenes que en Brasilia, se embriagaron y prendieron fuego a un indígena pataxó que dormía en un jardín. Incriminados por la muerte del indígena, ellos se defendieron diciendo que simplemente tenían la intención de divertirse más no de matarlo.

En la antítesis del placer, el sufrimiento, el dolor y la renuncia se vuelven problemáticas para la juventud moderna. Cargando quizás un poco la tinta, Jiménez Ortiz afirma que los jóvenes “adolecen de poca capacidad para soportar el sufrimiento y la renuncia. Su escasa consistencia psicológica los hace enormemente vulnerables. La búsqueda de la gratificación inmediata condiciona la solidez de todo compromiso. No resulta comprensible una opción que deba mantenerse con el esfuerzo ascético. Para la actual generación de jóvenes, la noche se ha convertido en su símbolo por excelencia: es el tiempo ‘sin tiempo’, sin reloj y sin horario, es el espacio de la libertad sin disciplina y sin exigencias externas, es el lugar de la ambigüedad y de la seducción, de las emociones y de la fragilidad, del placer y de la vulnerabilidad”<sup>22</sup>[22].

**g) Apertura al trascendente:** La apertura de la juventud al trascendente, al mismo tiempo que innegable, se rodea de una pluralidad de sentidos, y como otros se impone en la sociedad de hoy. Los muchos signos religiosos más o menos explícitos incorporados en la ropa y los adornos revelan por lo menos un sentimiento vago de trascendencia que la juventud cultiva. Las expresiones religiosas explícitas, en general, tienden a participar de las características previamente apuntadas. No es tan fácil, con la juventud, pasar de la fe al compromiso. Es posible que una participación en los grupos religiosos signifique más una afirmación de “pertenencia” que de “creencia”<sup>23</sup>[23]. La búsqueda del trascendente se compone y no podría ser diferente, como un conjunto de necesidades experimentadas por los jóvenes, particularmente en términos de solución de sus angustias, de recuperación de autoestima, de afirmación de su identidad e integración social, de búsqueda de un sentido de vida capaz de potencializar el enfrentar al futuro.

## 6.- Algunas conclusiones en síntesis

Buscando sintetizar algunas conclusiones, podemos destacar los siguientes puntos:

- Cuando hablamos de “valores morales”, es importante notar que éstos están frecuentemente constituidos por hábitos establecidos en un grupo o sociedad y que deben subordinarse a la valoración ética. Asimismo, la crisis y cambio de valores morales no significa necesariamente una amenaza o un peligro, se puede ver como algo saludable.
- La crisis de valores relacionada con la juventud tiene un contexto sociocultural amplio del cual la juventud es parte. No se puede aislar a la juventud de este contexto.
- Cuando hablamos de “juventud”, nos referimos a una pluralidad de modelos, que no pueden ser homogeneizados sin grandes pérdidas. Cada modelo está en relación a diferentes situaciones y herencias morales. En América Latina, son importantes para comprender a la juventud, las diferentes raíces culturales como son sus diferentes herencias morales, las diferentes clases sociales, entre los cuales destacan los

<sup>21</sup>[21] Jiménez Ortiz, A., oc. 54.

<sup>22</sup>[22] Jiménez Ortiz, A., oc. 54-55.

<sup>23</sup>[23] Benedetti, L. R., **Entre a crença coletiva e a experiência individual: renascimento da religião.** En Fabri dos Anjos, M. (org.). **Sob o fogo do Espírito.** Ed. Paulinas, S. Paulo, 1998, 61 - 79.

jóvenes pobres y trabajadores; jóvenes marginales y expuestos a la delincuencia y al consumo de drogas; jóvenes de clase estudiantil urbana.

- Existe un modelo que se puede entender hoy como hegemónico. Esta hegemonía se expresa en la tendencia de la cultura moderna a imponerse. También se ejerce por la fuerza de una imposición virtual, estableciendo patrones de comportamiento y de referencia. Es posible retomar algunas tendencias morales características de ese modelo.

- En las relaciones con la juventud y sus valores morales, además de los desafíos de la pastoral, la Iglesia puede verse interpelada desde dentro por algunos acentos como son la insistencia en lo privado, en el tipo de relaciones del compañero-comunidad que defiende, en el idioma que usa para proponer formas religiosas a los significados y en el propio horizonte de sentido de vida que ofrece.

- El proceso formativo de valores morales, para que sea evangélicamente conducido y al mismo tiempo inculturado, exige cierta consideración de cómo los jóvenes participan en la creación de logros en la vida social, es decir en la producción y consumo de servicios, en la producción y “consumo” de relaciones, en la producción y “consumo” de sentidos. Un proceso formativo debe necesariamente ser participativo, superando relaciones simplemente institucionales, impositivas y autoritarias.

- Ante las tendencias de elaboración moral de la cultura moderna, la Iglesia los ve como el desafío de vivir radicalmente los ideales del Sermón de la Montaña y de guiarlos hacia las utopías del Reino de Dios, reconociendo sus propias ambigüedades e insuficiencias en este sentido. Esto exige transparencia por un lado, y por otro también la gradualidad en las demandas, para facilitar un crecimiento.

- La crisis de valores morales de la juventud debe ser vista en el contexto bíblico de “signos de los tiempos”, provocadores no simplemente de una acción misionera, sino también de una revisión interna, espiritual y organizacional de la propia Iglesia.

#### **Bibliografía**

Proyección 44 (1997) 49-66 (Selecciones de Teología 37 [1998] 145, 47-62).

Jiménez Ortiz, Antonio, *La comunicación de la fe y el perfil humano de jóvenes de los noventa*. En Proyección 43 (1996), 134-152.

Jiménez Ortiz, Antonio, *Los interrogantes que plantea la religiosidad juvenil*. En Proyección 43 (1996) 186-202.

García Roca, J. C., *Convocatoria de Dios en el mundo de los jóvenes*. En Selecciones de Teología 37 (1998), 147, 163-174.

Ríos Martín, J. C., *Noche de los jóvenes ¿Moda o rebeldía?* En Sal Terrae 85 (1997) 11, 877-886, Antoniazzi, A. (org.), *Juventude face a vida. Pesquisa sobre os jovens na Região Metropolitana de Belo Horizonte* (1993). Arquidiocese Belo Horizonte, 1993, pgs. 45.

Medina Echevarría, José, *A doventude latino-americana como campo de pesquisa social*. In Brito, Sulamita de (org.). *Sociologia da Juventude*. Tomo I, Ed. Zahar, Rio de Janeiro 1968.

Valle, Edênio, *Psico-sociologia e Educação da Juventude*. Instituto da Família. São Paulo, 1986.

Rubio, Miguel, *La juventud actual ante la escala de valores*. In *Moralía* 7 (1985) n. 27-28, 301-325.

Benedetti, Luiz R., *Juventude: 20 anos entre a ilusão e a realidade*. In *Vida Pastoral* 26 (1985), 124, 2-8.

Alba, Victor, *Historia social de la juventud*. Madrid, Plaza & Janes, 1975.

Brito, Sulamita (org.), *Sociologia da juventude*. Vol. I e II, Ed. Zahar, Rio de Janeiro, 1968.

Valle, Edênio, *Valores e realidade social da juventude*. In AAVV. *Valores, ¿qué valores?* Ed. Almed, S. Paulo, 1984.

Valle, Edênio, *Juventude: análise de uma opção*. Public. CRB, Rio de Janeiro 1980.

M. F. Anjos

Rua Oliveira Alvcs, 164

04210-060 SÃO PAULO-SP